PRESENCIA



SUMARIO — PRESENCIA: EL DRAMA DEL PAIS REAL.- ALBERTO EZCURRA MEDRANO: LA MISION DE MARIA.- MARCELINO J. ADÚRIZ: SONETO.- AUGUSTO FALCIOLA: SONETO.- ALEJO PELYPENKO: PLAN DIABOLICO.- SANTIAGO DE ESTRADA: LA VOCACION DE ISRAEL.- ERIK MARIA PETERSEN: EL VEJAMEN.- TRANSCRIPCION: DE AYER PARA HOY.- DIBUJOS Y VIÑETAS DE BALLESTER PEÑA.- IMPRIMIÓ DOMINGO E. TALADRIZ.

BUENOS AIRES, VIERNES VEINTIOCHO DE OCTUBRE DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y NUEVE. — AÑO UNO — NÚMERO XXI.

Aparece el segundo y cuarto viernes de cada mes. Administración: Calle Venezuela 649. Imprenta: Avd. San Juan 3875. Buenos Aires — Argentina
Precio del ejemplar: $ 0,50
Suscripción anual: $ 12.–

Cuando el Señor maldijo a la Serpiente por haber provocado la caída de nuestros primeros padres, pronunció aquellas proféticas palabras: "Pondré enemistades entre ti y la mujer y entre tu raza y su descendencia; *ella quebrantará tu cabeza y tú pondrás acechanzas a su calcañar*" (Gen. III, 15).

Con el correr de los siglos, esa predicción se cumplió. Una humilde niña de Nazaret, concebida sin pecado original, concibió a su vez, por obra del Espíritu Santo y con pleno consentimiento suyo, al Redentor del género humano. Y no sólo lo concibió, sino que lo acompañó en su pasión y muerte, ofreciendo a Dios, por la salud de los hombres, su propio Hijo y sus acerbísimos dolores de Madre. En virtud de ello, María fué nuestra *Corredentora.*

Pero Cristo no es sólo un personaje histórico, cuyo cuerpo *físico* padeció y murió hace dos mil años. Cristo es Dios, y su cuerpo *místico está formado* por todos los *cristianos*. De aquí que si la redención *objetiva* quedó consumada en la Cruz, la redención *subjetiva*, por la que sus gracias son aplicadas a los hombres, *se está consumando aún*. En tal sentido pudo decir San Pablo: "Suplo en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo, por el cuerpo de él, que es la Iglesia" (Col. I, 24).

María es Madre de Cristo, pero no sólo del Cristo histórico, sino también del Cristo místico, del "Cristo total" [1], cuya cabeza es el Hijo Unigénito de Dios y cuyo cuerpo somos nosotros. Por eso es Madre *nuestra*. "He aquí la razón: no se puede dividir al Cristo; no puede aislarse la cabeza de los miembros; no se puede formar la cabeza y abandonar a los miembros. La misión de María ha sido dar la vida a Cristo y criarlo, y lo mismo que para su Primogénito es para sus segundos hijos" [2].

De aquí se deduce que la misión de María no terminó con su participación en la redención objetiva. Continúa colaborando en nuestra redención subjetiva. Si Cristo es, por derecho propio, el único mediador entre Dios y nosotros, María, como Madre de Cristo y nuestra, es la mediadora entre Cristo y nosotros. Así lo reconocen los más grandes doctores de la Iglesia. San Bernardo afirma que "Dios ha querido no concedernos nada que no pase por las manos de María". San Buenaventura, que "todo lo que nos viene de lo alto lo tenemos por María". Y San Ambrosio, que "por Ella bajan a la tierra todas las gracias del Cielo". María es, pues, la *Mediadora de todas las gracias.*



SONETO

Quiero decir las cosas llanamente
con la serena voz de lo sincero,
y volver a empezar por lo primero
y volver a vivir sencillamente.

Sé que todo será muy diferente
si puede ser así como lo quiero,
no tan brillante el fuego del lucero,
pero más clara el agua de la fuente.

Y es que después de haber andado tanto
por caminos que llevan sin reposo
al mismo vano punto de partida,

ni la sonrisa cabe junto al llanto,
ni es posible olvidar el silencioso
dolor de tanta soledad perdida.

MARCELINO J. ADÚRIZ



LA MISION

En estos momentos en que el mundo occidental continúa su proceso de desintegración y en que el bloque comunista, bajo la conducción de la Rusia soviética, se torna más temiblemente agresivo, creeemos del mayor interés recordar

La historia de la Iglesia es la mejor prueba de ello. Si la misión de María hubiese sido exclusivamente la de Corredentora, una vez consumada la redención objetiva se hubiera llamado a silencio, permaneciendo en el cielo en actitud pasiva. Pero no fué así. Por el contrario, María parece llamarse a silencio y colocarse en segundo plano en vida de Cristo. Sólo seis veces habla en los Evangelios. "Ella se ocultó en este mundo y se colocó más bajo que el polvo por su propia humildad, habiendo conseguido de Dios, de sus Apóstoles y Evangelistas, que apenas la manifestasen" [3]. Mas una vez consumada la Redención, Ella, por gravitación natural, se constituye en centro de la naciente Iglesia. "Cristo —dice San Pedro Canisio— les dejó a María como madre y maestra, cuya dulce presencia era consuelo en la tristeza para todos, luz en la enseñanza, fuerza en la lucha, singular apoyo en sus primeros pasos" [4].

Ni siquiera esperó la Santísima Virgen su Asunción a los cielos para comenzar a manifestar sus maravillas. Vivía aún en Efeso cuando se apareció al apóstol Santiago en Zaragoza para ordenarle la edificación de su primer templo y prometerle que se conservaría hasta el fin de los siglos, como se está cumpliendo desde hace casi dos mil años, a pesar de las innumerables asechanzas del Infierno.

Después de la Asunción fueron frecuentes las apariciones de la Virgen. Se mostró en Roma, en el siglo IV, al patricio Juan y su esposa, para señalarles, con nieve en pleno estío, el plano de la iglesia que es hoy Santa María la Mayor. Se apareció en Constantinopla, en el siglo VII, a León I, cuando era un simple soldado tracio, para anunciarle, en premio de un acto de caridad, que estaba predestinado al trono. Se apareció en España, en el siglo XIII, a San Pedro Nolasco y Raimundo de Peñafort, para ordenarles la fundación de la Orden de la Merced, destinada a redimir cautivos; y al santo Rey Fernando, para ofrecerle su protección y auxilio en la lucha contra los infieles.

Los motivos más distintos dan origen a esas apariciones. Con frecuencia tienen por fin proporcionar medios ideados por su misericordia para facilitar la salvación de los hombres. A San Simón Stock le entrega el *Santo Escapulario del Carmen*, con la promesa de que "el que muriese con él no padecerá el fuego del Infierno". A Santa Mectildis le promete asistir en la hora de la muerte a quien rece *tres avemarías* diarias. Al P. Jacobo Springero le ordena que en sus predicaciones enseñe al pueblo cuán grata es a Dios y saludable a todos la devoción del *Santísimo Rosario.*

Algunas veces las apariciones tienen por objeto ordenar que se levante un templo, como las que se manifestaron al vaquero Gil, a orillas del Río Guadalupe, en 1326; y a Benito Pareto, en el Monte Figoña, cerca de Génova, en 1490. Otras, descubrir el lugar en que se hallaba oculta alguna imagen suya, como les fué señalado, en 1478, a dos humildes pastores de las montañas de Liébana; y a Pedro Amador, en 1490, en las cercanías de Nieva.

A veces el objeto de la aparición es aún más simple, y hasta diríase personal. En Bourg-Bourg (Flandes), la Santísima Virgen consuela a la señora de Hemskerke por la muerte de su hijo Floris; y en Clermont (Francia), obsequia una casulla —que aún se conserva— al Obispo Saint Bonet, en premio de sus virtudes [5].

Requeriría varios volúmenes historiar todas y cada una de las apariciones de la Virgen ocurridas en el curso de los siglos. Por otra parte, no se trata solamente de apariciones. A veces son otras manifestaciones extraordinarias: imágenes o pinturas de origen misterioso; imágenes o pinturas que lloran o cambian de postura o de lugar; milagros, en fin, de todo género. No hay día en el año en que no se recuerden uno o varios hechos milagrosos de la Virgen, ni lugar en país que sea o haya sido alguna vez cristiano donde no se la venere bajo alguna advocación local. Tenemos el ejemplo en nuestra propia Argentina, donde la Virgen de Luján en Buenos Aires, la del Valle en Catamarca, la de Itatí en Corrientes, la del Rosario en Córdoba, la de Sumampa en Santiago, la del Milagro en Salta, la del Rosario en Paipaya y Río Blanco en Jujuy, y otras, nos demuestran que María, desde los primeros días de la Conquista, quiso ser *argentina*, para que los argentinos fuéramos *marianos*, y por marianos, *cristianos.*

Lo que ocurrió aquí, ha ocurrido en todas las épocas y en todo el mundo cristiano. Si a pesar de haber sido María tan escasamente mencionada en los Evangelios, la Edad Media ha podido ser definida por Michelet como "un acto de fe a la Virgen traducido en piedra", ello se debe a que María,

DE MARIA

hechos que nos muestran "el dedo de Dios" en esta hora incierta de la humanidad. Advertimos que el juicio sobre apariciones y hechos de carácter sobrenatural que aquí se formula queda sometido a la suprema decisión de la Iglesia. (N. de la R.).

con sus apariciones, con sus milagros, con su mediación universal, con su omnipotencia suplicante, conquistó al mundo, en esa época, para su Hijo.

Pero sería erróneo creer que desde entonces la Santísima Virgen se llamó a descanso. María —decía sonriendo el Santo Cura de Ars— sólo se quedará tranquila al fin del mundo. Por el contrario, la desmembración de la Cristiandad producida por la Reforma, la Apostasía instaurada por la Revolución, la bestialización preconizada por el Comunismo, el posible próximo triunfo de esa grande y última herejía que Hilaire Belloc identifica con el Anticristo, hacen más necesario y urgente que nunca una nueva predicación del Evangelio, un amplio y definitivo triunfo de Cristo que instaure su Reino en todo el mundo. ¿Es posible que María deje *ahora*, precisamente, abandonada la Cristiandad a sus propias fuerzas?

Si ella procura y logra el Reino de Cristo en cada uno de los cristianos, al punto de afirmar los teólogos que la devoción a María es señal segura de predestinación; si ella ha procurado y logrado, como lo demuestra la historia, el Reino de Cristo en cada una de las naciones cristianas; ¿es concebible que permanezca indiferente ahora, ante la necesidad, y quizá la inminencia, del Reino de Cristo en todo el mundo? De ninguna manera. Y un estudio atento de las manifestaciones de orden sobrenatural ocurridas en los últimos ciento veinte años, demuestran lo contrario. María, ahora, está actuando sobre el mundo en forma quizá más activa que nunca. Sólo que el mundo, muchos católicos inclusive, por desgracia contagiados de su espíritu, prestan oído sordo a su llamado.

Vivió entre los siglos XVII y XVIII un ferviente devoto de la Santísima Virgen, llamado Luis María Grignion de Monfort. Nadie como él penetró en las profundidades de los misterios marianos. Su sabiduría, de evidente origen sobrenatural, sus milagros y sus virtudes, le merecieron ser beatificado por S. S. León XIII en 1888. En su admirable "Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen", afirma rotundamente que "por María comenzó la salvación del mundo y por María se debe consumar" [6], que como Ella "es el camino por donde Jesucristo ha venido a nosotros la primera vez, lo será también cuando venga la segunda" [7].

Y bien: las modernas apariciones de la Santísima Virgen no hacen sino confirmar la segura doctrina de Grignion de Monfort. A partir de la Medalla Milgrosa, y sobre todo de la Salette, María modifica en general el carácter de sus manifestaciones sobrenaturales. Afirma que son angustiosos los tiempos que corren y peores los que sobrevendrán; hace profecías concretas sobre hechos y desgracias que ocurrirán; Ella, la Omnipotencia Suplicante, expresa que "no puede contener ya el brazo de su Hijo", presto a castigar al mundo por sus pecados; pide oración y penitencia y anuncia *su triunfo*, que llegará tanto más pronto cuanto mejor se atienda a su llamado.

Nunca habló antes así la Santísima Virgen y tiempos muy extraordinarias debemos estar viviendo para que lo haga. Pareciera que Dios, presto a dejar caer el peso de su Justicia sobre este mundo apóstata y ensoberbecido, hubiese abandonado la Misericordia a su Santísima Madre, para que Ella, que es Madre de Dios, pero también de los pecadores, nos obtenga por su mediación lo que la Justicia Divina ya no puede concedernos.

Lo que es indudable es que, por medios tan extraordinarios, María está preparando un gran triunfo. Triunfo *suyo*, en el que no creen los hombres, pero que adivinan y temen los demonios.

En una memoria titulada "La Madre de la Misericordia y las víctimas del Sagrado Corazón", que un sacerdote de Norte América, después de treinta años de experiencia en exorcismos, envió al Santo Oficio de Roma, se contienen interesantísimas confesiones demoníacas acerca del plan de la Santísima Virgen [8]. Afirman los demonios que María ha venido para ayudar a la oprimida Iglesia y a las almas, para quebrar el poder de Satanás y arrojar al Infierno sus huestes de demonios. "Para vosotros —exclama uno— es toda misericordia; para nosotros es aterradora. *Es más aterradora que el mismo Hijo*".

Según estas confesiones, tiene la Virgen una pléyade de almas heroicas, que se ofrecen como víctimas para luchar directamente contra Satanás; sufren las vejaciones más terribles y hasta la posesión diabólica, para debilitar el poder de los demonios, arrojar al Infierno, mediante los exorcismos, a legiones enteras de ellos y vencer al fin al mismo Lucifer [9]. Afirman que "las almas víctimas traerán la paz a la tierra, y la Iglesia gozará de una paz muy grande después de sus sufrimientos".



Con respecto a este triunfo, tuvo el mencionado exorcista el siguiente diálogo con un demonio:

—¿Entonces experimentaremos la misericordia de Dios en lugar de su justicia?

—¡Demasiado cierto! Ella es. ¡Si no fuera su brazo!

—¿Es, entonces, el brazo de María el que detiene el brazo de Dios?

—Sí; éste es el motivo por el que busca almas víctimas.

—¿Es, entonces,la bondad de María la que busca estas almas?

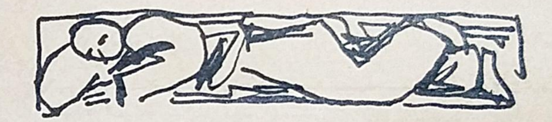
—Sí; sí. De Ella vienen las almas sacrificadas.

—¿Es, entonces, la Virgen Santísima la que ha ideado este plan?

—Sí; en su corazón de Madre.

El triunfo de María se vislumbra en el Apocalipsis, donde el río de agua que sale de la boca de la serpiente es sorbido por la tierra, sin que pueda dañar a la mujer "vestida de sol", que tiene "la luna bajo sus pies" y "en su cabeza una corona de doce estrellas". Lo contempla repetidas veces en sus extraordinarias visiones la Venerable Ana Catalina Emmerich. "Ví —dice en una de ellas— por cima de la Iglesia que se había vuelto pequeña, una hermosísima Señora con un manto azul celeste muy extendido y con una corona de estrellas en la cabeza. De ella procedía la luz que penetraba cada vez más en las tinieblas, y allí donde llegaba esa luz, todo era renovado y todo próspero. Los nuevos apóstoles entraron todos en aquella luz... Todo volvía de nuevo a florecer. Ví un nuevo Papa muy severo y el abismo tornarse cada vez más estrecho. Finalmente ví que tres ejércitos o sociedades se unían a la luz. Había entre ellos personas buenas e ilustradas, las cuales entraron en la Iglesia. Todo se había renovado y estaba floreciente. Ví que se edificaban iglesias y monasterios" [10].

Así ven el triunfo de María los demonios y las almas santas. Pero los hombres estamos ciegos. Aún a muchos entre los católicos, si bien tenemos la fe estrictamente necesaria para creer que las puertas del Infierno no prevalecerán contra la Iglesia, nos falta esa sobreabundancia de fe que se requiere para creer firmemente en los actuales llamados y promesas de



SONETO

Quisiera regresar hacia los días
que me fueron negados de tu historia.
Quisiera compartir la ejecutoria
de tus pesares y tus alegrías.

Quisiera acollarar las geografías
de tu cielo y mi cielo en la memoria.
Quisiera inaugurar la trayectoria
de nuestras coincidentes biografías.

Quisiera desandar las estaciones
de nuestros convergentes corazones
y anudar sus latidos más tempranos.

Quisiera acariciar con tu fragancia
los ayeres que traigo de la infancia
y fundar tu niñez entre mis manos.

Augusto Falciola

María. Nos escudamos en un exceso de prudencia; en la posibilidad de engaños, de alucinaciones; en el temor a las burlas de los "sabios y prudentes" según el mundo. Estamos indigestados de ciencia y de positivismo. No ocurría así en otros tiempos y por eso fueron tiempos cristianos. Jesús nos dice que si no somos como niños no entraremos en el Reino de los Cielos. Por eso la Virgen se aparece casi siempre a niños ignorantes y no a los sabios y prudentes de este mundo.

Lo cierto es que hoy no se divulgan suficientemente las manifestaciones de lo sobrenatural. María se ha aparecido por lo menos en veinte lugares distintos desde 1830 y la inmensa mayoría de los católicos sólo conocen dos o tres de esas apariciones, si es que las conocen a fondo. Se dice que la Iglesia no ha hablado en todos los casos. Pero la Iglesia no habla siempre, y en caso de hacerlo, no hace de esos hechos nuevos dogmas de fe. Es a nuestra piedad a quien corresponde aceptar o no la creencia. Mientras la Iglesia no compruebe el error o el engaño, mientras la Iglesia no prohiba creer en tal o cual caso, nadie nos lo puede impedir. Se citan dos o tres hechos como prueba de error en esta materia. Pero son sólo dos o tres, y la prontitud con que se descubrió el error enseña cuán difícil es engañar a la Iglesia. Por lo contrario, la actitud de ciertos católicos, aún eclesiásticos, ante las revelaciones de la Salette, nos muestra a qué execrables extremos puede conducir un exceso de "prudencia", o quizás de orgullo humano, frente a la manifestación de lo divino. Aún suponiendo que alguna o algunas de esas apariciones o revelaciones no fuesen auténticas, no alcanzarían a invalidar las restantes, entre las cuales las hay admitidas ya oficialmente por la Iglesia. No alcanzarían a invalidar la realidad del mensaje que la Virgen ha hecho llegar en la Salette, en Lourdes, en Fátima, a los católicos de nuestro tiempo. Los demás no hacen sino confirmarlo, precisarlo y completarlo. Y ante esa realidad, más vale creer de más que de menos. Más vale exponerse a admitir algo que, aún incierto, no se opone a lo esencial, que correr el riesgo de rechazar la voz del Cielo.

Sea como sea y piénsese lo que se piense acerca de estos hechos sobrenaturales, lo cierto es que ellos nos anuncian algo de fundamental importancia para este mundo paganizado, dividido, ensangrentado y física y moralmente hambriento: el Triunfo de María, precursor del Reino de Cristo.

Alberto Ezcurra Medrano

1 Es expresión de San Agustín, *De unitate Ecclesiae*, 4.
2 P. Raúl Plus, *María en nuestra historia divina*, pág. 100.
3 Grignion de Montfort, *Tratado de la verdadera devoción a la Sma. Virgen*, p. 51.
4 S. Pedro Canisio, *Obras completas*, 1. V, c. 1.
5 De aquí se deduce el error de quienes pretenden, a veces, negar la autenticidad de alguna aparición argumentando que carece de suficiente motivo, o que no se deduce de ella ninguna nueva enseñanza teológica; como si los designios de Dios y de la Santísima Virgen debiesen coincidir con los de los hombres y como si no fuese suficiente enseñanza teológica el solo hecho de la aparición.
6 Grignion de Montfort, ob. cit., pág. 49.
7 Gringnon de Montfort, ob. cit., pág. 51.
8 Esta memoria, publicada en alemán por Ritter von Lama, fué juzgada por el Santo Oficio "interesante en alto grado". "Todo lo que allí se declara —añade el alto tribunal romano— está conforme con las enseñanzas de la Iglesia. En especial se ha notado que el conjunto de los hechos expuestos está en consonancia con las intenciones que ha tenido el Santo Padre al prescribir las preces, después de la Santa Misa, contra las maquinaciones de Satanás".
9 Son muy ilustrativas al respecto las siguientes biografías: "La Señora de Brault", por Luis Bouhier, y "María Teresa Noblet", por Andrés Pineau.
10 Carlos E. Schmoeger, *Vida de la Venerable Ana Catalina Emmerich*, pág. 292.





EL DRAMA DEL

En la concentración popular del último 17 de octubre, una inmensa multitud cubría, en forma completa, la Plaza de Mayo en toda la extensión que va desde la Casa de Gobierno hasta la Pirámide, y, en forma raleada, desde ésta hasta la calle Bolívar. Aunque inmensa, la multitud era sensiblemente menor que en años anteriores, como lo comprueba el hecho de que todas las entradas a la Plaza de Mayo estaban despejadas de público y ofrecían acceso holgado. Fácil era abrirse camino entre la multitud, por el ángulo de la Casa de Gobierno que da a Balcarce y Rivadavia y colocarse casi en frente del balcón principal en que se hallaba el Presidente Perón. Se sabe que hubo propósito de realizar una gran concentración; por ello la C.G.T. comenzó su activa propaganda con casi dos meses de anterioridad y se repartieron miles de pasajes gratuitos en todo el interior de la república. Forzoso es entonces reconocer una sensible merma del fervor popular hacia Perón, sobre todo del porteño que, festivo, prefirió expandirse ese día por las costas del Plata. Pero, de todas maneras, aquel fervor fué intenso y revistió la espontaneidad y viveza que caracteriza a las concentraciones en las que el Presidente Perón conversa y dialoga con sus queridos descamisados.

Si consideramos la última concentración dentro del marco en que se desenvuelve la realidad del país desde el 17 de octubre de 1945, ella nos sugiere graves y aleccionadoras reflexiones. ¿Dónde está el país en estos momentos? ¿Qué puede esperar de la oposición? ¿Qué de los descamisados? ¿Qué del Presidente Perón?

La oposición frente al peronismo

Antes de examinar la actual realidad peronista, corresponde que la estudiemos en relación con las fuerzas opositoras, vale decir, con lo que ha sido, ha dicho y ha hecho la oposición. Y si hacemos un poco de memoria, hemos de recordar que, desde hace ochenta años, la actual oposición, cualquiera fuera el matiz político en que actuara, ha hecho de la multitud su ídolo y la ha convertido en el famoso pueblo soberano. Y todas las fracciones políticas afanosas por la conquista del poder se entregaban al halago de las masas con toda clase de promesas y prebendas y, si ello no bastaba, con la venalidad y el fraude. Por esto, puestos a comparar lo que han dado a la multitud las fuerzas opositoras y lo que le ha dado Perón, éste lleva todas las de ganar. Porque, como lo ha señalado, con verbo varonil, la esposa del Primer Magistrado, el peronismo ha puesto término a un régimen que significaba, en lo social, "el abandono total de la justicia, con el enquistamiento de los privilegios y la explotación del trabajador"; en lo político, "la sistematización del fraude en favor de los partidos que se turnaban en el gobierno o se lo quitaban mutuamente, según el menor o mayor apoyo de los intereses en juego"; en lo económico el "entreguismo y la venta del país, surgidas de esas reyertas".

Si la soberanía del pueblo es la suprema expresión de todos los valores sociales y políticos, no vemos qué pueda objetar la oposición a estas recias palabras: "Hace cuatro años, mis queridos descamisados, se reencarnaba el grito del Cabildo, con soses la voluntad de nuestro pueblo argentino. Desde estos mismos balcones, el *leader* asomaba como un sol, rescatado por el pueblo y para el pueblo, sin más armas que sus queridos descamisados de la patria, retemplados en el trabajo". Cuatro veces



PAIS REAL

templanza

prudencia

es invocado "el pueblo" en este corto párrafo, y a fe que el pueblo se hizo presente, en plebiscito impresionante, el 24 de febrero de 1946. "Este es el origen puro de nuestro *leader*. Es necesario decirlo y destacarlo. No surgió de las combinaciones de un comité político. No es el producto del reparto de las prebendas... Nació de los surcos, en las fábricas y en los talleres. Surge de lo más noble de la actividad nacional".

Si toda la filosofía social-política del liberalismo y del socialismo, tan orgullosamente proclamada por nuestros universitarios, políticos y periodistas, tiene valor, hemos de reconocer que Perón encarna, de manera viva y concreta, los ideales en que el hombre del pueblo cifra la legalidad y la fuerza del poder público. Nunca gobernante alguno ha sido llevado al poder en elecciones más legales y por una mayoría tan abrumadora, ni ha mantenido contacto tan comunicativo y permanente con el grueso de la multitud, ni se ha afanado por aliviar su suerte de manera más expeditiva y con procedimientos más directos y de resultados más inmediatos, ni ha hecho en tan breve tiempo obras tan grandiosas y espectaculares. Para demostrarlo allí está el discurso del Excmo. Sr. Presidente: "Hemos dignificado el trabajo... Hemos elevado el standard de vida... Hemos asegurado la salud... Hemos asegurado un régimen de previsión... Hemos creado condiciones humanas de vida y de trabajo... Hemos defendido al hombre de trabajo de las amenazas insidiosas de una prédica oral y escrita..." etc. etc. Y luego, la serie de realizaciones fantásticas: "Hemos nacionalizado el Banco Central, los seguros y reaseguros. Hemos comprado los ferrocarriles y sus 17.000 propiedades anexas. Hemos comprados los teléfonos y todos los medios de transmisión. Hemos comprado los servicios públicos de gas, energía, tranportes, servicios de agua... Hemos comprado los puertos y elevadores. Hemos nacionalizado la comercialización de la producción argentina", etc., etc.

Sí, podrán decir los opositores, pero esta es la obra de un demagogo que, explotando la credulidad popular, ha repartido dádivas y beneficios, cuyo otorgamiento, además de ser en parte ilusorio, pone en peligro las fuentes mismas de la riqueza nacional.

Es muy posible que así sea. Pero el pueblo no puede dejar de advertir que los opositores no tienen autoridad moral para formular este tipo de objeciones. Porque si no echaron mano de estos procedimientos, no ha de haber sido porque fueran menos demagogos, ellos que con asados, empanadas y puestos públicos enbaucaban a la paisanada electoral; o porque tuvieran celo del acrecentamiento y conservación de nuestro patrimonio, ellos que lo entregaban todo al extranjero. Había de ser porque sus mandantes, los dueños de nuestra riqueza económica, no les permitían ganar las elecciones a costa de esta misma riqueza. Porque si de cualquier manera los contendedores electorales dependían de los amos extranjeros, no correspondía que éstos comprometiesen su patrimonio en favor de disputas domésticas que no les interesaban. Lo que sí interesaba era que nuestra masa asalariada comiese menos y trabajase más, y de esto habían de cuidar también los traficantes de votos de nuestro electorado, quienes debían, entonces, resolver sus disputas domésticas de partido a base de dádivas relativamente baladíes.

Sin duda que esta demagogia era más inocente porque no ponía en peligro nuestra economía nacional; pero era también más hipócrita y vil, porque, so pretexto de defender nuestra riqueza, no hacía sino conservarla para sus amos extranjeros. Nada podrían oponer entonces los opositores a estas palabras: "Contra ello y para destruír ese estado de cosas, el pueblo rescató a su *leader* y lo ubicó en este balcón, el 17 de octubre de 1945".

Y hoy el país, y particularmente la multitud electoral, que compara y mide la obra de la oposición y la de Perón, prefiere quedarse con éste, porque aunque haga demagogia, al menos no vende visiblemente el país al extranjero.

El cuadro de la Plaza histórica

¿El país, entonces, ha de colocar su esperanza en Perón? El cuadro que nos ofrecía la Plaza de Mayo este último 17 de octubre nos puede dar una justa respuesta. Desde el balcón principal de la Casa de Gobierno habla ella, la señora del Primer Magistrado, y con lenguaje firme, ejecutivo, de empuje, dice: "Luchamos por la independencia y la soberanía de nuestra patria, por la dignidad de nuestros hijos y de nuestros padres... por la felicidad de un pueblo escarnecido...". ¿A quiénes dice ésto? A sus "queridos descamisados de ayer y de hoy, de mañana y de siempre", a sus descamisados que "rescataron al Coronel Perón de las garras del odio y con amor encendieron su impulso y alientan todavía su fuerza aglutinante que transformó la patria con asombro del mundo".

A estas palabras de ella, palabras de combate, asiente él con un discurso justificativo de la labor cumplida, con un buen discurso defensivo; asiente el círculo áulico, que aplaude frenético los párrafos salientes de uno y otro discurso y corea luego la marcha de "Los muchachos peronistas"; asiente, allá abajo, la multitud de los descamisados que aplauden y corean "¡Sí! ¡sí! ¡La vida por Perón!".

Aquí está entonces la patria, aquí sus hijos y sus padres, aquí el pueblo escarnecido.

Pero, por noble que sea el trabajo y el trabajador, por respetables y dignas que sean sus justas reclamaciones, no podemos admitir que en esa masa sudorosa, aunque estuviera presente en su unanimidad, hayamos de ver toda la Argentina. No. Allí no está el país real. Allí no está todo el esfuerzo económico argentino, ni todo su pensamiento y su arte, ni su riqueza social y política. ¿Dónde está la rica vida argentina? ¿Dónde el país real?

He aquí, lo que, desgraciadamente, el Presidente Perón parece que no quiere o que no puede percibir. Cada día se hace mayor el divorcio que se viene operando entre él y la vida real de los argentinos y de cuantos habitan este hermoso suelo. Y el Coronel Perón, en quien pusieron sus esperanzas millares y millares de argentinos, y a quien saludaron como al forjador de la Grande Argentina, parece haberse desdoblado en dos: el uno, el Perón-Jefe de Estado que multiplica leyes y decretos para montar un enorme Estado-Paquidermo, con veinte monstruosos ministerios que totalizan y monopolizan todas las finanzas, toda la economía, todos los transportes, toda la industria y el comercio, toda la cultura y propaganda, toda la salud y toda la beneficencia; el otro, el Perón de los descamisados, que se presenta como el tata de los desheredados y no hace sino aumentar salarios y regalar mejoras sociales.

Ahora bien; uno y otro Perón parecieran empeñados en combatir contra el país real, contra los argentinos que se mueven en la rica y compleja madeja de actividades de la vida civilizada. Y así, para mantener ese enorme Estado-Paquidermo, impone exorbitantes impuestos y gabelas que agobian la actividad privada y para conservar y aumentar la adhesión de la multitud descamisada multiplica, en favor de ella, los au-



mentos de salarios y mejoras, sin que ella, a su vez, aumente su rendimiento productor.

El país real, que es demasiado complejo y rico para entrar en la Plaza de Mayo, se siente desguarnecido. Pero también se sienten desguarnecidos los mismos descamisados, porque ni siquiera la parte de los que de ellos entran, entran totalmente. Y como también ellos son parte del país real, cuando dejan de ser descamisados y se convierten en jefes de familias y adquieren la responsabilidad de ciudadanos libres, se percatan de que, en realidad, con las pretendidas mejoras, no han mejorado *verdadera y establemente* su condición cultural, económica, política y moral.

Y entonces el fervor disminuye y el entusiasmo se enfría. Cierto que no falta quien inyecte energía y coraje. Y así, la esposa del Sr. Presidente les ha dicho: "Por eso todo el pueblo está de pie y se solidariza con los descamisados del 17 de octubre de 1945, observa, vigila y hace de la lealtad su culto, su ley y su bandera. Lealtad que hace temblar la plaza histórica en la noche del rescate; lealtad que se hará justicia con su propia mano el día de la traición; lealtad que sólo pueden sentir los que quieren a la patria y no se venden al oro extranjero; lealtad de dos amigos que juntos forjaron el destino de la patria y el fervor del pueblo que los sigue; lealtad de todo un pueblo que siente que en su alma no cabe la traición, y cuando la sospecha pasa como una sombra, hay un sólo grito: "¡la vida por Perón!".

Ella lo ha dicho. Los descamisados no han hallado la paz. Están en lucha y se harán justicia por su propia mano el día de la traición.

Pero ¿quiénes y a quién quieren traicionar?

El país real

Desgraciadamente, la propaganda *liberal* ha creado el mito de la soberanía popular y de que la legitimidad de un gobierno surge del sufragio universal.

Los políticos rindieron culto a esta mentira y montaron el comité. Bien podía perdonársele entonces a Perón que organizara otro tipo de comparsa que le granjeara el electorado del país. No vamos pues, como los opositores, a poner el grito en el cielo porque el Presidente organice el gran tinglado de la Plaza de Mayo. Bienvenido éste, si el pueblo está conforme, si apoya al Presidente, si tenemos paz.

Pero —y aquí está todo el drama de la política argentina— ¿por qué se gobierna luego en contra del país real?

PRESENCIA

PLAN DIABOLICO

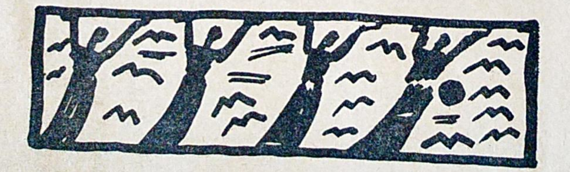
Sorprende la tranquilidad con que Stalin cumple su programa de dominación soviética mundial. Y no nos referimos precisamente a la tranquilidad conque se extiende la conquista efectuada, que alcanza a todo el inmenso mundo eslavo de Asia y de Europa, a la China, y que penetra por medio de avanzadas en el corazón mismo del territorio enemigo. Baste recordar que en el momento preciso en que Truman denuncia la bomba atómica de Rusia, ésta le provoca una grave y prolongada huelga de carbón y de acero. Nos referimos a la tranquilidad con que aún en zonas cada vez más profundas del hombre logra penetrar con sus engaños comunistas. Porque no es ya en lo económico sino en lo *religioso* mismo en que quiere, y lo logra en parte, imponer la dominación comunista. ¿No tiene acaso una "Acción Católica", sacerdotes, obispos y hasta sacerdotisas?

El plan de conquista de lo *religioso* comenzó en 1943 cuando el Mariscal Stalin, en un llamamiento conmovedor, declaró por la Agencia Tass: "Los eclesiásticos se baten valerosamente y dan a diario pruebas de patriotismo. El partido comunista no quiere privar al pueblo ruso de sus templos y de su libertad de conciencia. Yo me he dirigido al Santo Sínodo para que elija de su seno al Patriarca de todas las Rusias". Y el 10 de abril de 1945, Alexis, convertido de Metropolitano de Leningrado en Patriarca de Moscú, era recibido oficialmente por Stalin.

De inmediato comenzó Alexis una intensa campaña para atraer hacia sí a los jefes de las Iglesias ortodoxas de Tiflis, Alejandría, Belgrado, Bucarest, Sofía y Tirana. En todo el mundo se comentó de muy diversa manera la nueva actitud comunista con respecto a la religión. Para los liberales, protestantes y aún algunos católicos de todo el mundo había comenzado la verdadera conversión espiritualista de Stalin. Y, en efecto, altos dignatarios de las Iglesias Protestantes fueron invitados por el Patriarca Alexis a visitar Moscú, donde comieron rico caviar, bebieron del mejor cognac y se volvieran luego a sus respectivos países haciéndose lenguas del paraíso soviético. Aquí, en la Argentina, el Obispo Teodoro, representante de Alexis, desarrolla una intensa actividad religiosa; particularmente en la casa de Olivos del fervoroso y activo comunista Pablo Schoštakovsky.

Moscú quiso de modo particular atraer hacia sí a los católicos de Yugoeslavia, Polonia, Checoeslovaquia y Hungría. En Polonia llegó hasta ofrecer un acuerdo al clero sobre la base de respetar todas las propiedades de la Iglesia y la actividad religiosa en cambio del reconocimiento de las actuales autoridades de Varsovia. Pero como el Vaticano no se dejó engañar y dió órdenes al clero y a los católicos de resistir toda esta clase de sugestiones, la tentativa no logró éxito.

Moscú se ha convencido de que por las buenas nada puede con la Iglesia Católica. Y entonces ha probado reducirla por la fuerza. Ciento cincuenta mil fieles de Transilvania se vieron colocados en trance de renegar del Papa o perecer. Dieciocho obispos católicos de rito ortodoxo y seiscientos sacerdotes prefirieron la muerte o la cárcel a la apostasía. Pero muchos firmaron la apostasía. La acción contra el catolicismo se exten-



LA VOCACION

"Sal de tu tierra, y de tu parentela, y hacerte he de en gran gente", le fué dicho al patriarca Abraham; y, al patriarca Jacob, se le dijo: "serán benditas en ti y en tu Simiente todas las familias de la tierra". ¿Quién podría negar que Israel fué objeto de un llamado especial de Dios? Sin embargo, el hecho indiscutible, el Hecho, es que los judíos crucificaron al Mesías, precisamente la Simiente de Jacob, y, a los dos mil años, aún llevan encima el estigma del horrendo crimen. Extraño llamado, por cierto, que, junto al adorable fruto de la Redención, deja subsistente al pueblo elegido, no ya como elegido sino como caterva deicida, desechada por Dios y por los hombres. Porque es también un hecho, imposible de explicar humanamente, la fortísima cohesión que une a los judíos y, en mutua aversión, les separa de los cristianos.

Pero ¿los judíos contemporáneos, con su talmud y sus rabinos, son los auténticos representante del pueblo elegido? ¿Israel defraudó a su Señor? ¿Cabe una esperanza mesiánica en las juderías esparcidas por el mundo entero? He aquí toda una serie de cuestiones que inmediatamente se planteen en cuanto se encara tan arduo problema. Por otra parte, suele interferirse, en este asunto, cierta especie de mogigatería que, trayendo a colación aquello tan repetido de que el error involuntario e insalvable no podría lugar a imputación, lo confunde todo por sentimentalismo enfermizo, cuando no por mezquinas preocupaciones de política mundana.

En realidad la solución ha sido dada desde los primeros días de la predicación apostólica: la vocación de Israel tiene su cumplimiento en Cristo, en Cristo crucificado en la tierra y en Cristo gloriosamente reinante en los cielos; en otras palabras, Israel se continúa en la Iglesia, no en las sinagogas de los ghetos. Esta verdad, enseñada por el Apóstol de las gentes, parecería, no obstante, ser desconocida por no pocos más o menos velados judaizante que creen en un seudo mesianismo racial o nacional del pueblo hebreo bajo cuya égida tendría lugar un futuro milenio paradisíaco.

Una y mil veces habrá que insistir, entonces, en que Israel continúa y se perfecciona en la Iglesia que es Israel mismo que ha reconocido a su Señor. La sinagoga judaica es en cambio su deformación, el pueblo hebreo repelido por haber negado el debido reconocimiento a Cristo. La sinagoga del talmud presupone así el deicidio, y los judíos de hoy constituyen la descendencia espiritual de Judas y Caifás, no la estirpe de Abraham, Isaac y Jacob. De ahí que a San Pedro y los apóstoles que acompañaron al Señor en su vida terrenal no cuadraría llamarles "convertidos del judaísmo" sino verdaderos israelitas que supieron reconocer al Mesías anunciado por los profetas. En cambio San Pablo, sí es un convertido auténtico como él mismo siempre lo proclamó.

Es que en la vocación de Israel se cumple la regla de todo llamado divino, frente al cual el hombre ha de vérselas siempre con una correlativa trampa demoníaca que le pone en riesgo de errar el camino, y de hacer, como diría Soloviev, que la vocación, idea divina sobre los seres morales, haga sentir su poder real no como ley de vida, sino como ley de muerte. Ley de vida en la Iglesia, ley de muerte en la Sinagoga,

dió luego más hacia el Occidente, culminando con la admirable resistencia del Cardenal Mindszenty en Hungría y Mons. Beran en Praga.

Pero últimamente Stalin parece resuelto a destruir a la Iglesia Católica, destruyendo su mismo fundamento que es el Papa de Roma. Para ello ha resuelto matar al Papa y a todos los habitantes de la Ciudad del Vaticano. La ejecución de este horrendo y criminal sacrilegio ha sido confiada a un miembro de la Checa, a Antonio Novikoff, quien, después de recibir la orden, se dirigió a Yugoeslavia, donde escogió a veinticinco comunistas italianos residentes en los márgenes del Adriático, en las proximidades de Fiume. Con esta fuerza, Novikoff se trasladó a Italia y se presentó a Togliatti, en espera de acontecimientos favorables para sus criminales designios.

El plan de Novikoff consiste en aprovechar los disturbios y combates callejeros que habrían de producirse a breve plazo en Roma, entre comunistas y anticomunistas, para caer sobre el Vaticano, matar al Papa, volar los cimientos de San Pedro y convertir en escombros y ruina el centro de la Cristiandad. El plan no es nuevo. De manera semejante fué muerto en enero de 1918, Vladimir, metropolitano de Kiev. Al iniciar la marcha sobre Ucrania, Moscú ordenó a un miembro de la Checa la muerte de Vladimir durante los combates callejeros. La orden se cumplió al pie de la letra.

Pero estos son los designios de Stalin, ¿cuáles los de Dios?

Alejo Pelypenko, *arcipreste*

DE ISRAEL

la vocación de Israel, lograda en aquella, fallida en ésta, ha dado lugar a la existencia de un como misterioso anticuerpo opuesto al Cuerpo Místico de Cristo.

Para Abraham la trampa fué Agar, más naturalmente dispuesta para la concepción que la vieja y estéril Sarah. Pero pronto comprendió que Isaac había de ser engendrado en la fe de la promesa y no ser hijo de la esclava según la carne. Creyó Abraham "y fuéle imputado a justicia", pues creyendo creyó "en esperanza contra esperanza". Por eso se le venera como Patriarca de la Fe y "es padre de todos nosotros", y por eso es Sarah símbolo de la Iglesia, e Isaac figura de los fieles nacidos del milagro del Bautismo, mientras que Agar representa la Sinagoga, e Ismael a los judíos a quienes de poco les vale la sangre de Abraham... Y la fe de Abraham se perfecciona en Pedro que, en Cesárea de Filipos, reconoce al Hijo de Dios vivo, no por revelación de la carne ni de la sangre sino por inspiración del Padre que está en los cielos.

Por Sarah, la libre, a través de Isaac, de Jacob, de David, la descendencia abrahámica llega a Cristo y la grey que integra su Cuerpo. Frente a esta línea de vida, está, pues, la otra línea que viene de Agar y que se manifiesta en Ismael frente a Isaac, en Esaú contra Jacob, en Saúl contra David y en las turbas judías que crucificaron al Señor y que rematarán en el Anticristo. La primera línea es la respuesta filial a la vocación divina; la segunda marca las caídas ante la seducción satánica. Puesto que Cristo, Dios hecho hombre, es la vida, el cumplimiento y la plenitud de Israel, de "El-que-ve-a-Dios"; mientras que el Anticristo, hombre divinizado, es su muerte, el universal fracaso, la gran trampa del Demonio.

Diríase que, derramada en la Cruz hasta su última gota, la sangre que va del Patriarca a Cristo pasó a ser patrimonio universal de los fieles vivificados por ella, y que, paralelamente, a partir de entonces, los judíos llevan sobre sí la sangre rebotada de la misma Cruz, presuntuosamente reclamada y que sobre ellos cayera como testimonio de su Gran Crimen. Fruto del deicidio, el judaísmo, que no desconoce la Ley ni los Profetas ni la vocación de Abraham y su descendencia, es la forma más pura de anticristianismo, ya que su disconformidad se refiere específicamente a la persona misma de Cristo, y su intrínseca perversidad radica en la inversión del orden de la Promesa que implica hacer de la sangre hebrea el objeto mismo del llamado divino en vez de ver en ella el mero instrumento humano preordenado por Dios para la Encarnación del Verbo.

Si la Iglesia es, así, vida, la Sinagoga es muerte. Mas, por obra de la Misericordia, el tiempo histórico, que corre entre la Crucifixión y el Juicio y en el cual ha de reflejarse el triunfo absoluto y definitivo de Cristo, es también "spatium paenitentiae" durante el cual todos y cada uno de los judíos son invitados a incorporarse a Cristo en la Iglesia y abandonar la mortífera Sinagoga. La conversión personal de cada judío es por ello un verdadero paso "de muerte a vida", una auténtica resurrección de muerto y la más nítida imagen de la fuerza vivificadora de la gracia. Y quizá de ahí provenga (pues en definitiva el Diablo trabaja para Dios) que recién



el día en que la plenitud de las gentes haya abrazado la Fe terminará la ceguera de los judíos recalcitrantes.

Desde San Pablo hasta los padres Ratisbona, los dos Lemann y los últimos llegados del judaísmo, todos los grandes convertidos han dado testimonio de ese estupendo llamado que han visto cumplido en la Iglesia y han experimentado en sí mismos la fuerza de la resurrección de la fe muerta en ellos. Precisamente, la infinita Misericordia se revela en que, al convertirse, el judío puede decir con entera lealtad al ya cristiano aquella simple y magnífica profesión de fe que hiciera al Padre Alfonso María de Ratisbona su hermana moribunda, antes fanática judía: "creo lo que tú crees, profeso lo que tú profesas, soy cristiana, hermano mío!". Por eso también, otro convertido "de muerte a vida", el Padre Libermann mostraría con su extraordinario celo apostólico para con los negros africanos, cómo en el seno de la Iglesia no caben diferencias raciales entre griegos y judíos, bárbaros o escitas, pues todos los fieles son hermanos en Cristo.

No han sido los convertidos sino los modernos antisemitas y algunos judaizantes trasnochados quienes han pretendido distinguir entre Israel y la Iglesia o separar a un Israel bautizado dentro de la Iglesia. Es por demás absurdo querer encontrar un futuro papel mesiánico al pueblo de Israel, aunque se ponga como condición su conversión. Tiene, sí, un sentido escondido esa sobrevida o, mejor dicho, sobremuerte del pueblo deicida. Especie de "vivero de la Misericordia", parecería reservado por la Providencia para renovar incesantemente, hasta el final del "spatium paenitentiae", la resurrección de muerte a Vida que trajo el Redentor y que, con singular dramatismo se manifiesta en cada alma judía que abjura su posición deicida para abrazar la fe de Cristo.

Santiago de Estrada

EL VEJAMEN

A ver si la terminamos esta ruidosa polémica sobre Martín Fierro; no sea que se despierten algunos y nos manden una andanada de más teología que podemos soportar.

Tiene razón Suárez Sanabria en su artículo de la entrega anterior, *"Meta Fierro"*; en estas cuestiones económicas y de buen gobierno, no hay que meter a la teología: estorbona huéspeda.

Don Moisés Aspiazu (quítenle el "Dr.") no quiere seguir la polémica (o diálogo) establecida con Herce, a pesar de mis instancias: dice que ya ha dicho todo lo que sabía. Le advertí que había cobrado un pequeño vapuleo. Dijo que quizá se lo tenía merecido, por haber incurrido en su lírico artículo en algunos tropiezos, que me autorizó a censurar *con altura*: eso que llamaban antes *"vejamen"*, conque terminaban los antiguos sus polémicas.

Me dijo que escribiera yo sobre el Martín Fierro, pero positivamente, sin discutir; y me apuntó tres proposiciones que yo tendría que desarrollar: 1ª, Martín Fierro es José Hernández; 2ª, es la única obra maestra de la poesía argentina; 3ª, es la cumbre más alta de la poesía española. No dijo: "una de las cumbres más altas"... sino *"la más alta cumbre"*, lo recuerdo perfectamente.

Tuve que confesarle que carecía de la erudición necesaria para probar eso; y que francamente la última me parecía exagerada, y más patriótica que científica. Le pregunté por qué no le gustaban las polémicas. Respondió que por eso mismo: porque le gustaban demasiado.

"Ipso facto" quedé constituído en árbitro; porque de Herce y Suárez Sanabria soy en el caso adversario ideológico, y por ende (conforme al uso de polemizar argentino) puedo decir de ellos lo que quiera, como en la Cámara; y de don Moisés soy censor y patrono.

Así pues;

CENSURO A DON MOISÉS:

Primero, por no haber retocado a tiempo su artículo.

Segundo, haber usado esa palabra de peligroso manejo *"oligarca"* sin las debidas precauciones; es decir, sin prevenirnos que le daba el sentido cariñosamente irónico del futuro y no el explosivamente político del presente... Eso lo arregló ya Suárez Sanabria.

Tercero, por haberse subido a las nubes de la poesía y la mística sin el suficiente contacto con las realidades cotidianas.

Y cuarto; por no ser para mantener su opinión una vez emitida: cobardía argentina.

CENSURO A HERCE Y SUÁREZ S.:

Uno, por no haber alcanzado en el segundo artículo tan buenas ocurrencias y la redondez perfecta del primero.

Dos, por haber deprimido demasiado a Martín el Grande por el aquel de enaltecer "*los otros gauchos*", cosa que nadie les prohibía sin comparanzas idiosas: ¡Y además hay que enaltecer al Gringo!

Tres, por haberse pasado a la otra alforja, haciendo primero a Martín Fierro un bandido perdulario y después "*fraile o monja*" en segunda instancia.

Veamos ahora en lo que ambas partes CONCUERDAN:

1) en el aprecio de la moral corriente y de los que dentro de ella triunfan, personas absolutamente necesarias, (sin ser por eso "prototypicas") y sin las cuales no podría haber (pues principio quieren las cosas) ni mística ni moral heroica;

2) en su amor a la Argentina y a toda su gente, oligarcas y descamisados (y también a los OTROS, es decir, a los NOSOTROS, que no somos ni unos ni otros) no excluídos sus héroes reales o ideales, sin los cuales su gente no tendría perfil ni forma;

3) en su desprecio a Juan Moreyra;

4) en su temor de que Martín Fierro, mal interpretado, se vuelva demagogia;

5) en apreciarse mutuamente, pues ambos efusivamente se entrealaban sus escritos (todo queda en casa) y conceden que tienen razón "fino a un certo punto". Hasta aquí concuerdan.

¿Y en qué DISCUERDAN?

En el ponerse en dos planos *diferentes;* que no dejan empero de tener contacto entre ellos.

Pregunté a don Moisés cuál era "su plano". El viejo no me satisfizo, estaba amargado porque le habían dicho que "tenía cura de almas y se metía en teologías"; de modo que se remitió simplemente a su afirmación primera de que "Martín Fierro es José Hernández".

Según él, José Hernández, como todo gran poeta, retrató su alma, y aun en grado mayor que otros grandes poetas; y trazó una especie de gran parábola de las peripecias de su vida, incluso de su vida interior que es más vida que ninguna.

No que el culto y sensato senador Hernández Pueyrredón haya cometido en su vida los asesinatos, infracciones y desmanes que atribuye a su héroe. Estos son solamente figuras poéticas e irónicas ("imágenes", dicen hoy) de las penas, luchas y derrotas de su gallarda vida política, gastada en la defensa de lo que él veía como la esencia de la nacionalidad. Sabemos que la derrota es amarga; pero no siempre es señal de inferioridad humana, ni siquiera en política. El "derrotado" José Hernández vive hoy en nosotros.

Pero sucedió que él tenía en su alma a la patria o almenos una gran muchedumbre de hombres (algunos pobres e incluso "infractores") parecidos a él: con un carácter a la vez tímido y violento y con restos informes de la "moral caballeresca" de los conquistadores; hombres que estaban siendo extirpados sin asco. Y así lo que comenzó desahogo personal y queja melancólica terminó en una gran "instantánea" de la patria. Eso es lo que aseguró a la imperfecta "payada con Sarmiento" (muy buena definición de Héctor de Herce) su actual inmortalidad.

Payada, es verdad: no epopeya. Pero entonces, si Hernández es Martín Fierro, Sarmiento es "el moreno"... Geta de moreno sí tenía.

De modo que Hernández creó una "melancólica imagen de la patria", como dijo de la bandera un vate contemporáneo; y con mucha más verdad y grandeza. Mas al final la melancolía es anegada en la fortaleza y la esperanza. ¿A través de qué? A través del arrepentimiento, el cual no sirve solamente para "salvar el alma" e ir al cielo, como cree Suárez S. Sirve mucho también en la tierra.

¿Cómo se puede pasar esto por alto? No solamente en sus CONSEJOS condena amargamente Martín el Nuestro el homicidio, la embriaguez, el robo, la haraganería, la imprudencia, la temeridad... y hasta lo que llaman los doctos la "hybris" de su juventud, raíz de todos sus descarríos; sino que hace describir a su hijo el infierno de la "Penitenciária", la sanción social tremenda y respetable de toda "infracción"; aplicada aquí, por sublime ironía poética, a un inocente.

Este retrato penetrante de la pérdida de la libertad es una de las piezas maestras del poema, y una de las claves de su sentido profundo y total; almenos tal como lo lee don Moisés. De él son las palabras que siguen:

"Jamás se ha escrito una etopeya más penetrante y conmovedora de uno de los bienes mayores del hombre, la libertad, ni en los "*Tristes*" de Ovidio, ni en la "*Balada de la Cárcel de Reading*" de Wilde. Claro que está muy por debajo de ellas en ingenio, riqueza de cultura y perfección literaria; pero las aventaja en sublimidad y profundidad humana.

El hombre que la profiere, mansa y serenamente, es un inocente; él no se indigna, no se queja ni protesta, no hace "demagogia". No adula como Ovidio, no chirria ni se espeluzna como Wilde. Reclama, no la vuelta a su estado anterior, a la vida feliz de antes, como los otros dos, sino los bienes elementales del hombre, el tener compañía, el tener algo que hacer, el saber leer, el saber rezar: lo que las cárceles más humanas de hoy día ya prestan. No reniega de la sociedad, como Rousseau: la justifica. Y alaba a sus carceleros. No es romántico, es clásico. La profundidad vertiginosa de su congoja le ha tornado imposible, no digo la demagogia, sino la simple declamación. Ni siquiera el énfasis. Gime y razona, no protesta.

"*Hablaré, si se puede hablar llorando*"...
como dice dice el Alighieri...!!

El viejo continuó hablándome de ese capítulo y leyéndome trozos.

Yo lo interrumpí cuando me cansé preguntándole por qué no escribía un comentario del poema.

El viejo se me incomodó. Tomó el mate rechupado que le tendía y se metió en su tapera. —¡Que lo haga Constancio Vigil! —me dijo, con una gran finteada.

ERIK MARÍA PÉTERSEN



DE AYER PARA HOY

Reproducimos a continuación algunos párrafos del profético discurso de Donoso Cortés sobre la situación general de Europa, pronunciado el 30 de enero de 1850, pronto hará un siglo. (N. de la R.)

"...Cuando en la Europa no haya ejércitos permanentes, habiendo sido disueltos por la revolución; cuando en la Europa no haya patriotismo, habiéndose extinguido por las revoluciones socialistas; cuando en el oriente de Europa se haya verificado la gran confederación de los pueblos eslavos; cuando en el occidente no haya más que dos grandes ejércitos, el ejército de los despojados y el ejército de los despojadores, *entonces, señores, sonará en el reloj de los tiempos la hora de Rusia;* entonces la Rusia podrá pasearse tranquila, arma al brazo por nuetra patria; entonces, señores, presenciará el mundo el más grande castigo de que haya memoria en la historia; y ese castigo tremendo será, señores, castigo de Inglaterra. *De nada le servirán sus naves contra el Imperio colosal que con un brazo cogerá Europa y con el otro cogerá la India;* de nada le servirán sus naves; ese Imperio colosal caerá postrado, hecho pedazos; y su lúgubre estertor y su penetrante quejido resonará en los polos".

"¿Qué le falta a Inglaterra para impedir la conquista inevitable de toda Europa por la Rusia?

"Lo que le falta es evitar lo que la perdería: la disolución de los ejércitos permanentes por medio de la revolución; es evitar en Europa el despojo por medio del socialismo, es decir, señores, lo que le falta es tener una política exterior monárquica y conservadora...".

"...para que al paliativo se añadiera el remedio, es necesario, señores, que la Inglaterra además de conservadora y monárquica, fuera católica; *y lo digo señores porque el remedio radical contra la revolución y el socialismo no es más que el catolicismo,* porque el catolicismo es la única doctrina que es su contradicción absoluta. ¿Qué es señores el catolicismo? Es sabiduría y humildad. ¿Qué es el socialismo señores? Es orgullo y barbarie; el socialismo, como el rey babilónico, es rey y es bestia al mismo tiempo".

CORREO ARGENTINO
Central
Franqueo Pagado
Concesión N° 4380
Tarifa Reducida
Concesión N° 4045